

RAFAEL CADENAS, EN LA ISLA DE LOS DESVELADOS

por José Luis Vega

Uno de los acontecimientos literarios más importantes del año 2000 en Hispanoamérica fue la publicación de **Obra entera. Poesía y prosa (1958-1995)** del venezolano Rafael Cadenas (n. 1930). Su inclusión en la colección mexicana Tierra Firme, del Fondo de Cultura Económica, con un volumen de más de setecientas páginas, es un signo consagradorio a favor de la difusión continental de la obra del poeta. El libro —que hubiera merecido un estudio inicial más amplio que la breve, aunque lúcida, presentación de José Balza que lo acompaña—, recoge buena parte de la poesía y de la prosa ensayística y aforística de Cadenas. Hay, al parecer, unos **Cantos iniciales** (1946), escritos en la temprana adolescencia del poeta, que han sido excluidos.

Una isla, poemario que se publica completo por vez primera, y **Los cuadernos del destierro** (1960), abren el volumen con referencias concretas al exilio del poeta en Trinidad (1952-1956). **Una isla** es una evocación escrita en versos contenidos y sugerentes, mientras que **Los cuadernos del destierro** son un testimonio en “prosa lujosa y fraseo algo complejo”, al decir de Balza. Aunque el motivo generador de ambos libros es la experiencia del exilio en un ambiente insular no exento de exotismo, se inicia en ellos el examen intenso del yo, que junto con la reflexión metapoética, constituyen el eje central de la poesía de Rafael Cadenas.

En **Falsas maniobras** (1966), la escritura de Cadenas se instala en el espacio intermedio entre el verso y la prosa, con un hondo sentido de humor y sorna que el poeta utiliza para desarmar las máscaras de la propia persona. Este libro bordea un cierto ascetismo, un desengaño moral y expresivo que alcanza sus mejores momentos en poemas como “Fracaso” y “Derrota”, configuradores de la voz antiheroica que caracteriza buena parte de la dicción poética de Cadenas:

Yo que no he tenido nunca un oficio
Que ante todo competidor me he sentido débil
Que perdí los mejores títulos para la vida
Que apenas llego a un sitio ya quiero irme (creyendo
que mudarme es una solución)
Que he sido negado anticipadamente y escarnecido
por los más aptos
Que me arrimo a las paredes para no caer del todo
Que soy objeto de risa para mí mismo
Que creí que mi padre era eterno
Que he sido humillado por profesores de literatura
Que un día pregunté en qué podía ayudar y la
respuesta fue una risotada
Que no podré nunca formar un hogar, ni ser
brillante, ni triunfar en la vida...

“Derrota” (fragmento)

Cadenas insiste, sin piedad, en la demolición del edificio del yo personal, lo que conlleva también el riesgo del desmantelamiento del lenguaje mismo. Al leer su poesía se tiene la impresión de que la rectitud ética, la autocrítica filosófica y la exigencia a toda prueba de autenticidad empujan la escritura hacia una extrema sobriedad artística, limítrofe del silencio. En la cosmovisión poética de Rafael Cadenas, los desvaríos del yo y del lenguaje no tienen cabida porque velan la vida real. En *Intemperie* (1977), por ejemplo, —un poema en 32 instancias breves— el yo aparece desamparado ante el juez de su propia conciencia:

El juez
—ese que separándose de nosotros
dicta sus fallos—
vive de nuestra sangre,
a expensas de nuestras entrañas,
comiéndose la fruta que nos llevamos a la boca;
es él quien la saborea, la mastica, la traga
Se nutre aun perdonándonos.

...

El resultado es un texto construido con elementos semánticos de la paranoia (juez, perseguidor, condena, interrogación, cárcel, laberinto, círculo, Minotauro...). El juicio, la condena y la vigilancia autoimpuesta al yo personal y al falso lenguaje que lo representa desembocan en una propuesta poética sin ornamentos, ajena los excesos de la retórica:

Que cada palabra lleve lo que dice.
Que sea como el temblor que la sostiene.
Que se mantenga como un latido.

No he de proferir adornada falsedad ni poner tinta
dudosa ni añadir brillos a lo que es.
Esto me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir la
verdad.
Seamos reales.
Quiero exactitudes aterradoras.
Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en
peso mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas.

...

En efecto, la poética de Rafael Cadenas gravita hacia grado cero de la retórica, particularmente en los libros de poemas compuestos a partir de la década del setenta: *Memorial* (1977), *Amante* (1983) y *Gestiones* (1993). La redacción de los aforismos que el poeta llamó *Dichos* —forma antirretórica por excelencia— ocupa el primer lustro de la década del setenta. El ensayo *Realidad y literatura* (1979) ilumina la perspectiva epistemológica desde la cual Cadenas elude y combate la vanidad y la mentira de la literatura:

Hablamos de literatura y de poesía, pero sería más apropiado decir prosa y poesía. La prosa podría contribuir a desmontar tantas falsedades, a destruir “ideales”, autocomplacencias, alucinaciones en el individuo, a fin de entregárselo a la vida.

La poesía lo pudiera llevar al espacio del silencio, donde se quedaría a solas con la realidad, con el pensamiento también callado. Hacia ese silencio apunta la poesía que no está llena de sí misma...

Casi toda la literatura actual sigue una vía contraria a la aquí sugerida. ¿No es un síntoma muy significativo que muchos de sus creadores exalten exageradamente el lenguaje? De él han hecho un nuevo dios como para reemplazar otros dioses, y en este caso se trata de un dios manejable, que les presta sus joyas para que brillen y les permite la ilusión de creer que pueden levantar una construcción autónoma en la cual un yo se proyectará en mil formas, pues siempre cambia de rostro pero nunca asume el de la realidad, y después utilizará todo el juego para afianzarse más. El culto a ese dios es otra modalidad del único culto que en realidad ha existido a lo largo de la historia: el culto al yo.

Keats, Rilke y Aldous Huxley son los pilares de *Realidad y literatura*. Cadenas comparte con Keats la idea sobre la nulidad del carácter poético expuesta por el inglés en la carta a Richard Woodhouse; con Rilke, la vivencia que el austríaco denominó *Weltinnenraum* (espacio interior del mundo) o sentimiento de unidad de lo externo y lo interno que permite que “los pájaros nos traspasen en vuelo silencioso”; cohabita, con Huxley, en la isla del “awareness”. Estas afinidades filológicas contribuyen a la recta lectura de la obra poética de Rafael Cadenas, atravesada por declaraciones como esta:

Palabras no quiero.
 Sólo
 atención,
 atención,
 atención.

José Luis Vega